

MANIFIESTO POR LA CONVIVENCIA EN LOS BARRIOS
Jornada de Barrios en Lucha 10, 11 y 12 de Febrero de 2011
Mesa de debate: Convivencia y Participación.

Vivimos en una sociedad cada vez más heterogénea culturalmente. Desde hace escasamente una década encontramos barrios habitados por personas de muy diferentes razas. Por otro lado, el ritmo acelerado del mundo en el que vivimos, hace que el escalón cultural entre mayores y jóvenes, entre tipos de vecinos, etcétera, sea cada vez mayor. Esto se traduce en conflictos más o menos explícitos en los espacios públicos de nuestros barrios.

Un ejemplo claro es el de los extranjeros. Resulta evidente el creciente rechazo que se produce en determinados barrios hacia la población extranjera. El caso de la cultura y religión musulmana ha sido el que ha tenido más publicidad. Los intentos de construir una mezquita, se han enfrentado a la oposición vecinal en Bermejales y en San Jerónimo y han generado situaciones realmente tensas y conflictivas entre vecinos favorables y no favorables. Sin que medien diferencias religiosas, en las zonas donde se ha concentrado población extranjera de extracción humilde como Macarena (en ningún caso cuando estos procedían de países ricos, como puede suceder en Triana o en el centro histórico), se han podido producir conflictos similares y muchos vecinos tienden a culpar a esta población del mal uso que se pueda hacer del espacio público, del abuso del alcohol, etcétera. En estos casos se combina la diferencia cultural, a veces idiomática, con la diferencia generacional, dado que suelen ser barrios muy viejos, donde llega una población fundamentalmente joven. Además, estas situaciones se agravan en la medida en que partidos políticos y organizaciones de ultraderecha intentan sacar provecho de ellas introduciendo un discurso racista y xenófobo.

Los conflictos en el espacio público no remiten solo a los extranjeros. Cada vez existe más miedo a los jóvenes y a los adolescentes y cada vez menos entendimiento. La pugna entre el derecho al descanso de los vecinos y el derecho al ocio de los jóvenes sigue siendo un conflicto no resuelto de la ciudad. A esta cuestión se le suman las acusaciones de violencia, vandalismo, etcétera. A menudo, los adolescentes son vistos por los adultos, y sobre todo por la población más envejecida, como extraños y como peligrosos. Sin duda hay adolescentes peligrosos, pero no se puede criminalizar a una persona por su edad como tampoco por su raza.

A la cuestión cultural y generacional se le suma la cuestión estrictamente social. La concentración de determinados tipos de población marginada, ya sean personas sin techo en El Pumarejo o prostitutas en Sevilla Este, genera enfrentamientos con parte de los vecinos. Nadie quiere prostitutas ni mendigos en sus calles o en sus plazas y esto genera problemas importantes, que en varios casos han llegado a desembocar en agresiones.

La respuesta a estas cuestiones es generalmente la misma. Se demanda constantemente policía, una demanda destinada a quedar eternamente insatisfecha en los barrios periféricos, mientras el centro de la ciudad se llena de cámaras y de guardias armados. Como todo el espacio público de los barrios no puede ser

controlado permanentemente, se hace lo posible por eliminar dicho espacio. Ante los problemas de convivencia se eliminan los espacios de convivencia. Así, se pide al Ayuntamiento que se eliminen los bancos y las fuentes y que se levanten todo tipo de cerramientos, o lo hace la propia comunidad de propietarios. Todo con el objetivo de que no puedan ser utilizados, bien por los jóvenes, bien por los inmigrantes, bien por los sin techo,... La cuestión de las patrullas ciudadanas afortunadamente ha sido poco frecuente en esta ciudad, pero entra dentro de la misma lógica. Patrullas para eliminar bancos, para echar a los sin techo, a las prostitutas o a los adolescentes.

En conjunto, las soluciones, se dirigen o bien a aumentar la sensación de seguridad a través de un mayor control policial; o bien a desplazar los problemas, al tiempo que se desplaza el colectivo "indeseado"; o bien a destruir el propio espacio público para que no se pueda utilizar. Ahora bien, ¿son esto soluciones o son nuevos problemas? El control que muchas veces se espera de la policía quizás no sea posible y tampoco deseable. Se le da una solución policial a problemas de índole social, contribuyendo a incrementar la exclusión, la segregación y la falta de diálogo. Si se pretenden desplazar los problemas a otras zonas de la ciudad (los colectivos conflictivos), se está renunciando a resolver los problemas. Ese tipo de actuaciones llevan implícitas la insolidaridad, el egoísmo del "en mi calle no" y el "a mi qué con lo que le pase al resto de la ciudad". Por último, y aún más obvio, si se destruye el espacio público para que los grupos "conflictivos" no lo usen, tampoco lo podrán utilizar los ancianos o los niños, dando lugar a una situación completamente irracional.

La creación de contenedores de pobres es la otra cara de la concentración de la policía y de las cámaras en el centro o del desplazamiento de los grupos problemáticos –sin techo, prostitutas, pobres- fuera de algunos barrios concretos. A algunos les interesaría concentrar todos los problemas en algunas pocas zonas, como tristemente ha ocurrido con el Polígono Sur o Tres Barrios, poniendo miseria sobre miseria. Esta puede ser una solución cómoda para las autoridades, pero no es justa ni solidaria. Los problemas de los barrios más castigados de la ciudad, son los problemas de toda la ciudad. Si la ciudad no los asume, el tiempo acabará recordándole este hecho.

Las asociaciones y los individuos que trabajan en los barrios son y deben ser parte de este tipo de cuestiones. Sin embargo, demasiado a menudo, las asociaciones toman partido por falsas soluciones o generan nuevos problemas, convirtiéndose en adalides de un tipo de vecino (tradicional) frente a otro tipo de vecino (extranjero, joven, pobre, etcétera). Es por ello que las asociaciones deben cambiar y hay que esforzarse por hacerlas cambiar. Las asociaciones de vecinos deben rejuvenecer y deben mezclarse y deben surgir otros tipos de asociaciones. Hay que implicar a los jóvenes en el barrio y hay que generar espacios comunes en el asociacionismo donde puedan encontrarse distintos tipos de vecino.

Frente a los atajos, la estrechez de miras, las actitudes insolidarias y las falsas soluciones, se debe buscar e intervenir sobre la raíz de los problemas que acucian a los barrios para darles una solución real. Hay que denunciar el salvajismo del mercado de la vivienda, que genera guetos y hacinamiento; el desempleo, que azota los barrios más desfavorecidos y se ceba en los jóvenes; el fracaso del sistema educativo y la falta

de alternativas de ocio para estos mismos jóvenes; y la segregación y las crecientes desigualdades. Frente a esto, los movimientos vecinales deben pujar por una intervención real sobre los problemas sociales, sobre la pobreza urbana, sobre el desempleo, por un servicio público y digno de vivienda, por una inversión en los barrios que se plasme en iniciativas y en dotaciones, especialmente dirigidas a los jóvenes.

Para ello necesitamos a su vez un movimiento asociativo renovado y transformado en los barrios, que rejuvenezca y se mezcle y, sobre todo, que tenga una comprensión social y solidaria de la ciudad. Un movimiento que busque la justicia social y una ciudad mejor para todos.

BARRIOS EN LUCHA POR UNA CIUDAD QUE HAGA POSIBLE LA VIDA DIGNA PARA TODOS Y TODAS.